

VI.

Impopularidad.

cion moral habian adquirido alto grado de intensidad, sobre todo en la época que sucedió esta historia. Más de una vez habian huido asustados los niños del coro al encontrarle solo en la iglesia y al ver que les miraba con extrañas y centelleantes miradas. Más de una vez en el coro, á la hora de los oficios, su vecino de silla le habia oido mezclar al canto llano *ad omnem tonum* paréntesis ininteligibles. Más de una vez, la lavandera del *Terreno* encargada del Cabildo habia observado con espanto señales de uñas en las sobrepellices del señor arcediano de Josas. Aumentaba, sin embargo, la severidad de su vida y nunca habia sido tan ejemplar; tanto por su estado como por su carácter, habia vivido siempre lejos de las mujeres y parecia que las odiaba más que nunca; el simple crugir de una falda de seda hacia caer sobre sus ojos la capucha de sus hábitos. Era en este punto tan rigurosa su austeridad, que cuando la señora de Beaujeu, hija del rey, fué en el mes de Diciembre de 1481 á visitar el claustro de Nuestra Señora, se opuso gravemente á que entrase, recordando al obispo el estatuto del Libro Negro, fechado en la víspera de San Bartolomé de 1334, que veda la entrada en el claustro á todas las mujeres, "cualquiera que sea, vieja ó jóven, señora ó camarera." Por cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el cánon del legado Odo, que exceptúa á ciertas grandes señoras, *alique magnates mulieres, quæ sine scandalo vitari non possunt*. A pesar de este cánon, protestó el arcediano, diciendo que éste databa de 1207 y era anterior ciento veintisiete años al del Libro Negro, y que por lo tanto no estaba vigente, y se negó á presentarse delante de la hija del rey.

Observábase, además, en Claudio Frollo que el horror que le inspiraban los gitanos y las gitanas habia aumentado infinito en aquellos últimos tiempos. Solicitó del obispo que publicase un edicto que prohibiese expresamente á las gitanas ir á bailar y á cantar en la plaza del átrio, y hacia algunos dias que se ocupaba en registrar los empolvados archivos del Santo Oficio, con la idea de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados á la hoguera ó á la cuerda por cómplices de maleficios con machos cabríos, cerdos y cabras.

El arcediano y el campanero eran, como hemos ya dicho, poco queridos de los magnates y del pueblo de las cercanías de la Catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salian juntos, lo que acontecia muchas veces, y los veian, delante el amo y detrás el criado, atravesar las calles frescas, estrechas y sombrías de la manzana de Nuestra Señora, más de una palabra maligna, más de un saludo irónico y más de un equívoco insultante les perseguian al pasar, si Claudio Frollo, lo que rara vez acontecia, no llevaba la cabeza erguida, mostrando su frente severa y casi augusta ante los zumbones, que se quedaban cortados. Los dos eran en su cuartel como "los poetas," de que habla Régnier:

*Toutes sortes de gens vont après les poètes,
comme après les hiboux vont criant les fauvelles.* (1)

Unas veces era un taimado rapazuelo el que arriesgaba el pellejo por el placer inefable de clavar un alfiler en la joroba de Quasimodo. Otras veces una muchacha descarada y desenvuelta rozaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole una cancion lasciva. Ya era un grupo escuálido de viejas que, escalonado y acurrucado á la sombra, sobre los escalones de un portal, refunfuñaba al pasar el arcediano y el campanero, y les echaba renegando este saludo: "Ahí pasa uno que tiene el alma como el otro el cuerpo;" ya una bandada de estudiantes y de pillos, que estaban jugando á la coscojilla, se levantaban en masa y les saludaban zumbonamente en latin: "*Eia! eia! Claudius cum claudio*."

Con mucha frecuencia las injurias pasaban desapercibidas para el sacerdote y para el campanero; para oirlas, Quasimodo era demasiado sordo y Claudio Frollo demasiado distraido.

LIBRO QUINTO

I.

Abbas beati Martini.

La nombradía de Dom Claudio Frollo se extendió mucho en la época en que se negó á presentarse ante la señora

(1)

Tras los poetas vá turba infinita,
cual tras el buho la curruca grita.

Beaujeu y le atrajo una visita que quedó impresa mucho tiempo en su memoria.

Al anochecer, despues de los oficios, se retiró á su celda canonical del claustro de Nuestra Señora. Esta celda nada ofrecia de singular ni misterioso, si exceptuamos algunas redomas de vidrio, arinconadas y llenas de unos polvos equívocos y que se parecian á la pólvora. En las paredes habia esparcidas algunas inscripciones, pero éstas se reducian á sentencias de filosofía ó de devocion, extraídas de buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse á la luz de un velon de cobre de tres mecheros, delante de un inmenso baul cargado de manuscritos, apoyando el codo sobre el libro abierto de Honorio de Antun, *de Prædeterminatione et libero arbitrio*, y hojeaba con profunda reflexion un infolio impreso que acababa de traer, único producto de la prensa que encerraba la celda. Estando entregado á sus meditaciones oyó llamar á la puerta.—Quién es? preguntó el sábio con el tono de un perro hambriento al que le quitan un hueso. Desde fuera le contestó una voz:—Vuestro amigo Santiago Coictier... Claudio abrió en seguida.

Era, en efecto, el médico del rey; personaje de cincuenta años, cuyo adusto semblante modificaba su mirada sagaz. Acompañábale otro personaje; llevaban ambos ropones de color de pizarra forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, y casquetes de la misma tela y color: sus manos desaparecian bajo las mangas, los piés bajo los ropones y los ojos bajo los casquetes.

—¡Estaba muy lejos de esperar tan honorífica visita á semejante hora! les dijo introduciéndoles el arcediano; y hablando con tanta cortesía paseaba, desde el médico hasta el compañero, su mirada inquieta y escrutadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á sábios como Dom Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier, con el acento del franco-condado, que arrastra las palabras con la majestad de un traje de cola.

Comenzó entonces entre el médico y el arcediano uno de los prólogos congratulatorios que era costumbre que precedieran en esa época á toda conversacion entre sábios, lo que no era obstáculo para que se detestasen cordialmente, como sucede en la actualidad, que la boca del sábio que dirige cumplimientos á otro es un vaso de hiel cubierto de miel.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier aludian sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico supo sacar, en el curso de su carrera tan envidiada, de las enfermedades del rey, operacion de una alquimia mejor y más segura que la persecucion de la piedra filosofal.

—Supe á fé mia, doctor, con gran alegría que ascendió á obispo vuestro sobrino el reverendo Sr. Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

—Sí, señor arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

—¿Sabeis que daba gozo veros el día de Navidad al frente de la compañía del Tribunal de Cuentas, señor presidente?

—Vicepresidente, Dom Claudio, y nada más.

—¿Cómo vá vuestra soberbia casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es un Louvre. Me gusta mucho el albaricquero esculpido sobre la puerta.

—¡Si supiérais lo cara que me cuesta esa obra! A medida que edifico la casa me voy arruinando.

—Bah!... tambien contais con las rentas de la cárcel y de la bailía del palacio y con los impuestos de las casas, tornos, chozas y puestos del cercado. Eso es ordeñar una buena vaca.

—Mi castellanía de Poissy no me ha producido nada este año.

—Pero los peajes de Triel, de Saint-James y de Saint-Germain-en-Laye siempre son productivos.

—Ciento veinte libras.

—Gozais del empleo de consejero del rey, y eso no falla.

—Sí, pero el maldito señorío de Poligny, que tanto ruido mete, no vale sesenta doblones de oro, un año con otro.

Los cumplimientos que dirigia Dom Claudio á Santiago Coictier eran expresados con el acento sardónico, ágrío y burlon, y con la sonrisa triste y cruel del hombre superior y desgraciado que se entretiene un momento mofándose de la prosáica prosperidad del hombre vulgar; el médico no se apercibió de esto.

—A fé mia, le dijo por fin Claudio apretándole la mano, que me alegro de ver que gozais tan buena salud.

—Muchas gracias, amigo Dom Claudio.

—A propósito, ¿cómo sigue vuestro real enfermo?

—No paga á su médico como debiera, respondió el doctor, dirigiendo á su compañero una mirada al soslayo.

—De veras? le preguntó su compañero.

Estas palabras, pronunciadas con tono de sorpresa y de reconvencion, llamaron sobre el incógnito la atencion del arcediano, que, á decir verdad, no le perdía de vista desde que entró en la celda con el doctor; necesitaba el arcediano tener poderosos motivos para no indisponerse con Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para recibirle acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando el doctor le dijo:

—A propósito, Dom Claudio, os traigo aquí un compañero que desea veros atraído por vuestra fama.

—Es hombre científico? preguntó el arcediano, fijando en el desconocido su penetrante mirada, que observó entre las fruncidas cejas otros ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el desconocido, segun la débil claridad de la luz le permitia juzgar, un anciano de sesenta años, de mediana estatura y que parecia enfermo y destruido. Su perfil era vulgar, pero tenia algo de poderoso y de severo; sus ojos brillaban en honda cavidad, bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna, y bajo la gorra, que le caía hasta la nariz, traslucianse los anchos planos de una frente de génio. El mismo se encargó de responder á la pregunta del arcediano.

—Reverendo sacerdote, le dijo con tono grave, vuestra fama ha llegado á mis oidos y deseo consultaros. Soy un pobre hidalgo de provincia, que me descalzo antes de entrar en casa de un sábio. Me llamo el compadre Tourangeau.

—Singular nombre para un hidalgo! se dijo á sí mismo el arcediano. Sin embargo, conoció que estaba delante de un hombre fuerte y sério; el instinto de su alta inteligencia hacíale adivinar otra no menos alta en el hidalgo, y al examinarle con la vista, fué desvaneciéndose en su rostro poco á poco la expresion irónica que le hizo tomar la presencia de Santiago Coictier, como el crepúsculo á la llegada de la noche. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona. Hizo señal de que se sentaran á los dos recién llegados y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—¿Sobre qué ciencia venís á consultarme?

—Reverendo sacerdote, estoy enfermo, muy enfermo. Dicen que sois grande Esculapio y vengo á pedir os un consejo de medicina.

—De medicina? exclamó el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un rato y luego añadió:—Volved la cabeza y vereis mi respuesta escrita en la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau y leyó esta inscripcion: "*La medicina es hija de los sueños.* JAMBLIQUE."

Oyó el doctor Santiago Coictier la pregunta de su compañero con despecho, que aumentó la respuesta de Dom Claudio. Se acercó á Tourangeau y le dijo al oido en voz baja, de modo que no pudiera oírle el arcediano:—Ya os advertí que estaba loco. ¡Os habeis empeñado en verle!...

—Es que podria ser que tuviese razon ese loco, doctor Santiago, le contestó el compadre con amarga sonrisa y tambien en voz baja.

—Como querais, le respondió Coictier con sequedad. Y luego habló al arcediano en voz alta:

—Pronto decidís y con poco respeto tratáis á Hipócrates. ¡Decís que es un sueño la medicina! Os apedrearían si os hubiesen oído los farmacopeos y los droguitas. ¡Negais la influencia de los filtros en la sangre y la de los unguentos en la carne! ¡Negais la eterna farmacia de las flores y de los metales que se llama mundo, creada expresamente para el eterno enfermo que se llama hombre!

—No niego, contestó friamente Dom Claudio, ni la farmacia ni al enfermo; niego al médico.

—¿Luego no es cierto, repuso acalorado Coictier, que la gota es una herpes interna, que se cura una llaga de artillería aplicándola un raton asado, y que la sangre jóven, convenientemente infusa, comunica al anciano la perdida juventud? ¿no es verdad, como dos y dos son cuatro, que el emprostótonos sucede al opistótonos?

El arcediano contestó impasible:

—Hay algunas cosas sobre las que opino yo de cierto modo.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, no os incomodeis, amigo Coictier, dijo Tourangeau, que el arcediano es amigo nuestro.

Serenóse el doctor, refunfuñando entre dientes:

—Si al fin y al cabo es un loco!

—Reverendo sacerdote, repuso Tourangeau despues de una pausa, me contraria mucho vuestra contestacion, porque queria consultaros dos cosas, una relativa á mi salud y la otra á mi estrella.

—Si ese pensamiento os ha traído á mi celda, os pudisteis ahorrar la molestia de venir hasta aquí, porque yo ni creo en la medicina ni en la astrología.

—De veras! exclamó el hidalgo asombrado.

Coictier sonreía con sonrisa forzada.

—Ahora os convencereis de que está loco, dijo en voz baja á Tourangeau; ¡no cree en la astrología!

—Pues en qué creéis? preguntó al arcediano el compañero del doctor.

Permaneció Dom Claudio indeciso un momento y luego, dejando escapar una sonrisa sombría, que parecía desmentir sus palabras, dijo:

—*Credo in Deum.*

—*Dominum nostrum*, añadió Tourangeau, haciéndose la señal de la cruz.

—*Amen*, añadió además el doctor.

—Reverendo sacerdote, repuso el hidalgo, estoy encantado de ver que sois tan religioso; pero, ¿sois sábio hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No, contestó el arcediano, cogiéndole por el brazo, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus empañados ojos; no, yo no niego la ciencia. No me he arrastrado tantos años boca á bajo y con las uñas en tierra por los rincones de la caverna, sin apercibir á lo lejos delante de mí, al fin de la oscura galería, una luz, una llama, un qué sé yo, reflejo sin duda del deslumbrador laboratorio central en el que los tenaces y los sábios sorprendieron á Dios.

—¿Pues qué ciencia creéis verdadera y segura?

—La alquimia.

—Pardiez, la alquimia! repuso Coictier; porque la alquimia sea ciencia verdadera, ¿habeis de blasfemar de la medicina y de la astrología?

—¡Es nula la ciencia del hombre y nula la ciencia del cielo! exclamó el arcediano con energía.

—Eso es tratar con mucha soberbia á Epidauro y á la Caldea, contestó el médico con sonrisa fisgona.

—Escuchadme, doctor, que yo hablo de buena fé. No soy médico del rey y éste no me ha regalado el jardín Dédalo para observar desde él las constelaciones. No os incomodeis y escuchadme. ¿Qué verdad habeis sacado, no de la medicina, que es por demás loca, sino de la astrología? Citadme las virtudes del bustrofedon vertical, los hallazgos del número Ziruf y los del número Zefirod.

—¿Negareis, replicó Coictier, la fuerza

simpática de la clavícula y que de ella se deriva la cabalística?

—Ninguna de vuestras fórmulas, señor doctor, conduce á la realidad, mientras la alquimia posee verdaderos descubrimientos. ¿Podeis dudar de los siguientes resultados? El hielo encerrado bajo tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. El plomo es el abuelo de todos los metales (porque el oro no es un metal, el oro es la luz). El plomo necesita cuatro períodos, de doscientos años cada uno, para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata. Esto son hechos. Pero creer en la clavícula, en la línea plena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, como los habitantes del Gran Cathay, que la oropéndola se convierte en topo y los granos de trigo en peces del género ciprino.

—He estudiado la hermética, exclamó Coictier, y yo afirmo...

El fogoso arcediano le interrumpió, sin dejarle concluir.

—Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética. Solo aquí se encierra la verdad (diciendo esto tomó de encima del baul una redoma llena de los polvos que antes hablamos); solo aquí se halla la luz. Hipócrates es un sueño, Urania es un sueño. Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. Hé aquí la única ciencia. He sondeado la medicina y la astrología y os digo que son nada, nada; el cuerpo humano solo ofrece tinieblas, y los astros tinieblas tambien.

Después de hablar así cayó en su poltrona en actitud inspirada. El compadre Tourangeau le observaba silenciosamente. Coictier se esforzaba por reír; se encogía imperceptiblemente de hombros y repetía en voz baja: Está loco!

—Habeis llegado á la meta mirífica? Habeis hecho oro? le preguntó súbitamente Tourangeau.

—Si lo hubiera hecho, respondió el arcediano, articulando con lentitud las palabras como hombre que reflexiona al hablar, el rey de Francia se llamaria Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—Qué digo? repuso Dom Claudio con desdeñosa sonrisa, ¿qué me importaria el trono de Francia á mí, que podía reedificar el imperio de Oriente?

—Ya lo creo, contestó Tourangeau sonriendo.

—Pobre loco! murmuró el doctor.

El arcediano prosiguió hablando y como contestando á sus propios pensamientos.

—Pero no; yo todavía me arrastro y aun tengo que desollarme la cara y las rodillas con los guijarros del camino subterráneo; entreveo, pero no contemplo; deletreo, pero no puedo leer.

—Cuando sepais leer hareis oro? le preguntó el hidalgo.

—Quién lo duda?

—En ese caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo verdadera necesidad de dinero y me convendría leer en vuestros libros. Decidme, reverendo sacerdote, ¿vuestra ciencia no es enemiga de Nuestra Señora?

A esta pregunta se contentó con responder con serena altivez Dom Claudio: —De quién soy arcediano?

—Es cierto. ¿Quereis iniciarme en esa ciencia? quereis enseñarme á deletrear?

Tomando el sábio la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel, le respondió:

—Anciano, se necesitan más años que los que os quedan de vida para emprender ese viaje al través de las cosas misteriosas: vuestra cabeza está ya muy gris; solo se sale de la caverna con los cabellos blancos, pero se entra en ella con los cabellos negros. La ciencia basta para sulcar, arrugar y secar los semblantes humanos, sin necesidad de que la vejez le traiga rostros llenos ya de arrugas. Sin embargo, si deseais iniciaros en la disciplina á vuestra edad y descifrar el terrible alfabeto de los sábios, venid á mí y probaremos. No os diré, pobre anciano, que vayais á visitar las mansiones sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodoto, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios caldeos, construidos con arreglo á la forma sagrada de Sikra, ni el templo de Salomon, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya rotas; nos contentaremos con los fragmentos del libro de Hermes, que tenemos aquí. Yo os explicaré la estatua de San Cristóbal, el símbolo del sembrador, el de los dos ángeles que están en la portada de la Santa Capilla, de los que el uno pone la mano en un vaso y el otro en una nube.

Al llegar á este punto el arcediano, Santiago Coictier, al que habian dejado fuera de combate las fogosas réplicas

de Dom Claudio, le interrumpió con el tono triunfante de un sábio que corrige á otro:

—Erras, amice Claudi. El símbolo no es el número. Tomais á Orfeo por Hermes.

—El que yerra sois vos, replicó gravemente el sacerdote. Dédalo es el basamento, Orfeo es la muralla y Hermes es el edificio, es el todo.—Volvereis cuando querais, prosiguió dirigiéndose á Tourangeau, y os enseñaré los residuos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolás Hamel y los comparareis con el cro de Guillermo de Paris. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todo os haré leer una despues de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Iremos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint-Jean le Rond, hasta la Santa Capilla; despues á la casa de Nicolás Hamel, calle de Marivault; á su tumba, que está en los Santos Inocentes; á sus dos hospitales de la calle de Montmorency. Os haré leer los geroglíficos que cubren los grandes postes de hierro de la portada del Hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronnerie. Deletrearemos juntos tambien las fachadas de Saint-Come, de Saint-Geneviere-des-Ardents, de Saint-Martin y de Saint-Jacques de la Boucherie.

Hacia ya bastante rato que Tourangeau, á pesar de parecer inteligente, la expresion de su mirada parecia no comprender á Claudio, y al fin le interrumpió, preguntándole:

—Pardiez! ¿qué diablo de libros son los vuestros?

—Ahora vereis uno de ellos, le contestó el arcediano abriendo la ventana de la celda y señalándole con el dedo la iglesia de Nuestra Señora, que destacaba en el cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su cima monstruosa, como enorme esfinge de dos cabezas, sentada en medio de la ciudad.

El arcediano contempló en silencio largo rato el edificio gigantesco, suspiró, y, alargando la mano derecha hácia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa y la mano izquierda hácia Nuestra Señora, paseando las miradas tristes desde el libro á la iglesia, dijo:

—Ay! Esto matará á aquello!

Coictier, que se acercó al libro apresuradamente, no pudo dejar de exclamar:

—¿Pues qué libro es ese que inspira semejantes temores? GLOSSA IN EPISTOLAS D. PAULI. *Norimbergæ Antonius Koburger. 1474.* Esto no es nuevo. Es un libro de Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias. ¿Lo decís porque está impreso?

—Lo habeis acertado, le respondió Claudio, que estaba sumergido en profunda meditacion y permanecia en pié, apoyando el índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg.

Después de larga pausa, añadió estas palabras misteriosas:—Las cosas pequeñas acaban con las grandes; un diente triunfa de una mole. El raton del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata á la ballena, el libro matará al edificio.

La campana del silencio sonó en el momento en que el doctor Coictier repetía á su compañero en voz baja su eterno estribillo: "Está loco.". A lo que esta vez respondió el compañero: "Creo que sí.". Era la hora en que ningun extraño podia permanecer dentro del claustro. Los dos visitantes se retiraron.

—Reverendo sacerdote, dijo Tourangeau al despedirse del arcediano; me gustan los sábios y las grandes inteligencias y os miro con sin igual aprecio. Id mañana al palacio de la Tournelle y preguntad por el abad de Saint-Martin de Tours.

Volvió el arcediano atónito á su celda al saber, por fin, quién era el compadre Tourangeau, al recordar el pasaje del cartulario de Saint-Martin de Tours: *Abbas beati Martini SCILLET REX FRANCE est canonicus de consuetudine et habet parvam prebendam quam habet sanctus Venantius et debet sendere in sede thesaurarii.* (1)

Asegurábase que desde esta época el arcediano tuvo frecuentes conferencias con Luis XI cuando su majestad iba á Paris, y que el crédito de Dom Claudio hacia sombra á Olivier le Dain y á Santiago Coictier, el que á su modo reñía por esto al rey.

II.

Esto matará á aquello.

Nuestros lectores nos dispensarán si nos detenemos un momento para examinar cuál pudiera ser el pensamien-

(1) El abad de San Martin de Tours, esto es, el rey de Francia, es habitualmente canónigo y tiene una pequeña prebenda, como la de San Venancio, debiendo además sentarse en la silla del tesorero.

to que se ocultaba tras las palabras enigmáticas del arcediano: *Esto matará á aquello. El libro matará al edificio.*

A nuestro modo de ver, su pensamiento tenia dos fases. Manifestaba el sobresalto del sacerdote ante un agente nuevo, ante la imprenta; el terror del hombre del santuario ante la prensa luminosa de Gutenberg; la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, el grito del profeta que oye ya hormiguar y hacer ruido á la humanidad emancipada, que vé en el porvenir la inteligencia minando á la fé, la opinion destronando á la creencia y al mundo sacudir el yugo de Roma; pronóstico de filósofo que vé el pensamiento humano, volatilizado por la prensa, evaporarse del recipiente teocrático; terror de soldado, que examina el ariete de bronce y dice: La torre caerá. El pensamiento del arcediano significa que un poder vá á suceder á otro poder, esto es, que la prensa matará á la Iglesia.

Bajo este pensamiento, el primero y sin duda el más sencillo, se escondia otro, á nuestro parecer más nuevo, corolario del primero, menos fácil de entrever y más fácil de discutir; una apreciacion filosófica, no solo de sacerdote, sino de sábio y de artista. El presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, iba á cambiar el modo de expresarla, y que la idea capital de cada generacion no se escribiría ya con la misma materia y del mismo modo; que al libro de piedra, tan sólido y tan duradero, iba á suceder el libro de papel, tan sólido, pero más duradero. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenia un segundo sentido; significaba que un arte iba á destronar á otro arte. Quería decir: la imprenta matará á la arquitectura.

En efecto, desde tiempos remotísimos hasta el siglo quince de la Era cristiana, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la expresion principal del hombre en sus diversos estados de desenvolvimiento, ya como fuerza, ya como inteligencia.

Cuando se sintió abrumada la memoria de las primeras razas, cuando el bagaje de los recuerdos del género humano llegó á ser tan pesado y tan confuso que la palabra, desnuda y volátil, corrió peligro de perderse en el camino, fué preciso escribirlos en tierra del modo más visible, más durable y más natural al mismo tiempo; fué preciso sellar cada tradicion en un monumento. Los prime-

ros monumentos solo fueron fragmentos de rocas, que aun no habia tocado el hie-ro, como dice Moisés. La arquitectura empezó como las escrituras, por ser alfabeto; poníase una piedra en pié, y era una letra, y cada letra era un geroglífico, y en cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: así lo hicieron las primeras razas en todas partes y en el mismo momento por la superficie del mundo entero. Se encuentra la *piedra levantada* de los celtas en la Siberia de Asia y en las pampas de América.

Más tarde se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el verbo probó algunas combinaciones. El dólmen y el cromlech celtas, el túmulo etrusco y el galgal hebreo son palabras. Algunas, y en particular los túmulos, son nombres propios. Algunas veces, cuando los hombres tenían mucha piedra y vasta playa, escribían una frase; el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula completa.

Al fin hicieron libros. Las tradiciones produjeron los símbolos, bajo los que aquellas desaparecian como el tronco bajo la hojarasca; todos aquellos símbolos, en los que tenia fé la humanidad, iban aumentando, multiplicándose y complicándose más cada vez: los primeros monumentos no bastaban ya para contenerlos, rebosaban por todas partes; estos monumentos expresaban apenas la tradicion primitiva, como ellos desnuda, sencilla y postrada. El símbolo tenia necesidad de esplayarse en el edificio. Entonces se desarrolló la arquitectura con el pensamiento humano, llegó á ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó, dándole forma eterna, visible y palpable, todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, medía; mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba; el pilar, que es una letra; el arco, que es una sílaba; la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento á la par, por una ley de geometría y por una ley de poesia, se agrupaban, combinaban y amalgamaban, bajaban, subían y se juntaban en el suelo, escalonándose hácia el cielo, hasta escribir, bajo la influencia de la idea general de una época, esos libros maravillosos, que eran tambien maravillosos edificios, como la pagoda de Eklinga, el Rhamseion de Egipto y el templo de Salomon.

La idea matriz aparecia, no solo en el

fondo de aquellos edificios, sino tambien en la forma: el templo de Salomon, por ejemplo, no era solo la encuadernacion del libro santo, sino el mismo libro; en cada uno de sus recintos concéntricos podían leer los sacerdotes el verbo, traducido y expuesto á la vista, y seguían de este modo sus transformaciones de santuario en santuario, hasta poder apreciarlo en su último tabernáculo, bajo la forma más concreta que ofrecia entonces la arquitectura, el arco. El verbo estaba, pues, encerrado en el edificio, pero su imagen estaba sobre su envoltura, como la figura humana sobre el ataúd de una momia.

No solo la forma de los edificios, sino tambien el sitio de su emplazamiento, revelaba el pensamiento que representaban. Segun era alegre ó sombrío el símbolo que quería expresar la Grecia, coronaba sus montañas de un templo armonioso á la vista, y la India abría el seno de las suyas para cincelar en él sus disformes pagodas subterráneas, sostenidas por gigantescas líneas de elefantes de granito.

Durante los seis mil años primeros del mundo, desde la pagoda más antigua del Indostan hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido el gran libro del género humano; tan cierto es esto, que no solo los símbolos religiosos, sino todo el pensamiento humano tienen su página escrita en él y su monumento.

Todas las civilizaciones empiezan por la teocracia y concluyen por la democracia; esta ley, de que la libertad sucede á la unidad, está escrita en la arquitectura, porque insistimos en que no se debe creer que las construcciones habian servido solo para edificar templos, para expresar el mito y el simbolismo sacerdotal y para transcribir en geroglíficos en sus páginas de piedra las tablas misteriosas de la ley: si así fuese, cuando llega en las sociedades humanas el momento en que el símbolo sagrado se gasta y consume bajo el peso del libre-pensamiento, en el que el hombre se sustrae al sacerdote, en el que la excrecencia de las filosofías y de los sistemas roe la faz de la religion, la arquitectura no podria reproducir el nuevo estado del espíritu humano; sus hojas, escritas por una cara, estarían en blanco por el dorso; su obra quedaria truncada; pero no sucede así.

Tomemos por ejemplo la Edad Media, que es la que conocemos mejor, porque está más cerca de nosotros. Durante su